

que ejercemos voluntariamente con la esperanza del éxito, tales como la humildad, la vigilancia, la mortificación y la limosna.

Difícil es resolver la cuestión de cuánto tiempo es preciso perseverar; sin embargo, en primer lugar, diremos que jamás debemos cesar por desconfianza ó desaliento; en seguida, que si se trata de bienes temporales, el tiempo que transcurre, los acontecimientos que sobrevienen, las circunstancias particulares que se manifiestan son indicios mas ó menos probables de que Dios no tiene por conveniente oír nuestras oraciones. En este caso se puede cesar en la demanda, pero siempre con humilde sumisión, con una conformidad filial á la voluntad de Dios, y con la persuasión de que su negativa es para nuestro mayor bien. Si se trata de bienes espirituales, no se debe cesar tan fácilmente de pedirlos; en primer lugar, porque semejante oración es siempre útil en sí misma, y en seguida, porque muchas veces produce su efecto, sin que nosotros lo sepamos; por ejemplo, pedís que se os libre de una tentación, y ésta sin embargo continúa atormentándoos; pero es muy posible que vuestras oraciones impidan otras muchas graves; y tambien lo es que os veais libres mas tarde de la tentación, y que si persevera debais á vuestra fidelidad numerosas victorias. Finalmente, si la oración tiene por objeto la gracia de la perseverancia, es evidente que debe prolongarse hasta la muerte¹.

Entre las condiciones necesarias de la oración, no hemos enumerado la caridad, olvido voluntario que exige algunas palabras de explicación. La oración del hombre en estado de gracia produce un triple efecto; es meritoria, satisfactoria é impetratoria, al paso que la del pecador solo es impetratoria. Dios oye mas fácilmente la oración de los justos; pero acoge tambien la de los pecadores²; porque la eficacia *impetratoria* de la oración no descansa ni en la caridad ni en la dignidad de la persona que ora, sino en la fe y en la confianza del que ora y en la misericordia y las promesas de Dios. Otra diferencia distingue la oración del justo de la del pecador; la del justo, saliendo de un corazón vivificado por la gracia santificante, es *meritoria* para la vida eterna, mientras que no sucede lo mismo con la del pecador³. Esto nos manifiesta la infinita bondad de Dios que

¹ *Tract. de Orat.* c. 100, t. XVII, pag. 1064.

² Luc. xi.—Si peccatores non exaudiret Deus, frustra publicanus dixisset: Domine, propitius esto mihi peccatori. (S. Aug. *Tract. XLIV in Joan.*)

³ Oratio principaliter innititur fidei, non quantum ad efficaciam merendi,

cumple continuamente y en todos sentidos aquellas palabras de nuestro Señor, y hace salir el sol así para los buenos como para los malos.

8.º ¿Cuáles son los efectos de la oración?—1.º Siendo la oración un acto de virtud y de religión, nos ennoblece y eleva hasta Dios, con quien nos hace entrar en comunicación; 2.º la oración nos libra de nuestras deudas, puesto que es un homenaje solemne y filial que tributamos al poder, á la sabiduría, á la bondad y á la fidelidad de Dios y á todas sus perfecciones; 3.º la oración, que es la confesión de nuestra absoluta dependencia, nos coloca en nuestras verdaderas relaciones con Dios, sobre el cual es todopoderosa. De aquí la palabra admirable con que los griegos designan la oración; en su idioma *orar* y *estar bueno* se expresan con el mismo vocablo; de aquí el célebre dicho de un poeta romano: *Es preciso orar para tener un alma sana en un cuerpo sano*¹; y de aquí finalmente el nombre dado á la oración por la fe católica, la cual la llama *la reina del cielo y de la tierra*. En efecto, la oración manda á Dios y á la naturaleza entera, como se ve por mil ejemplos en los Libros santos, en la historia de los Mártires, de los Santos y de todos los pueblos. En una palabra, la oración *satisface* por nuestros pecados; *merece* la gracia y la gloria; *obtiene* todo lo que quiere, pues escrito está sin restricción ni reserva: *Todo lo que pidais con fe, lo obtendréis*.

Tal es la formal promesa de nuestro Señor, que santo Tomás, de acuerdo con los santos Padres y Doctores, explica de este modo: «El efecto de la oración es infalible siempre que reúne las cuatro condiciones siguientes: Pedir para sí; pedir cosas necesarias para la salvación; pedir las con piedad; pedir las con perseverancia².

quia sic innititur principaliter caritati; sed quantum ad efficaciam impetrandi, quia per fidem homo habet notitiam omnipotentiae divinae et misericordiae, ex quibus oratio impetrat quod petit. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 15).—Oratio sine gratia gratum faciente meritoria non est... et tamen etiam oratio quae impetrat gratiam gratum facientem, procedit ex aliqua gratia, quasi ex gratuito dono, quia ipsum orare est quoddam donum Dei, ut S. Augustinus dicit in lib. de Persever. c. 23, id. id.

¹ Orandum est ut sit mens sana in corpore sano. (*Juv.*)

² Ponuntur quatuor conditiones, quibus concurrentibus semper aliquis impetrat quod petit: ut scilicet pro se petat, necessaria ad salutem, pie et perseveranter. (2, 2, q. 83, art. 15).—Supradictis quatuor conditionibus, oratio semper infallibiliter impetrat, et si non impetrat, provenit ex defectu alicujus ex dictis conditionibus, ut omnes ipsas egregie complectens dicit S. Basilius, *Serm. de orand. Deum*: ideo quando petis, et non accipis, est quia perperam pos-

«Reunidas estas cuatro condiciones, hacen siempre infalible la oracion del justo; y si no lo es, tened por cierto que no se ha cumplido alguna de dichas condiciones. La del pecador, continúa el «Ángel de las escuelas, es oída igualmente, no en virtud de las leyes de la justicia, sino por misericordia, cuando procede de un «buen deseo y está revestida de las condiciones arriba indicadas.»

En cuanto á las oraciones bien hechas, pero que no tienen por objeto cosas necesarias á la salvacion, son tambien infalibles en su efecto, solo que no siempre la cosa que pedimos es la que se nos concede. Algunas veces Dios nos oye dándonos precisamente lo que solicitamos; otras nos oye negándonoslo positivamente, porque ve en su infinita sabiduría que lo que nos complacemos en llamar un bien seria para nosotros un mal; sin embargo, no deja nuestra oracion sin recompensa, y la satisface concediéndonos otra cosa de lo que pedimos. Por ejemplo, pedimos la salud de una persona; Dios se la niega, pero le concede la gracia de soportar con gran mérito los dolores de su enfermedad; le pedimos la vida, y nos otorga la gracia de una buena muerte que nos pone en posesion de la vida eterna; pedimos la conversion de una persona, Dios la hace esperar, pero nos concede para nosotros mismos gracias de perseverancia, de las cuales teniamos gran necesidad, y que no pensábamos en solicitar. Así pues, ninguna oracion bien hecha queda privada de su recompensa, y al dar al hombre la oracion, Dios ha puesto entre sus manos las llaves del cielo y todos sus tesoros. ¿De quién es la culpa si languidecemos en la debilidad y en la indigencia? ¿De quién, sobre todo, si tenemos la desgracia de perdernos?²

tulasti, vel infideliter, vel leviter, vel non conferentia tibi, vel destitisti. (Ferraris, art. *Oratio*, n. 27).

¹ Orationem vero peccatoris ex bono naturæ desiderio procedentem Deus audit, non quasi ex justitia, quia peccator hoc non meretur, sed ex pura misericordia, observatis tamen quatuor præmissis conditionibus, ut scilicet pro se petat, necessaria ad salutem, pie et perseveranter. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 16).

² Fideliter supplicans Deo pro necessitatibus hujus vitæ, et misericorditer auditur, et misericorditer non auditur. Quid enim infirmo sit utile, magis novit medicus quam ægrotus. (S. Aug. *Lib. de sentent. prosper.*). — Non nos hortaretur ut peteremus, nisi dare vellet; unquam oranti beneficium denegat, qui ut orantes non deficiant, sua pietate instigat. (S. Aug. *Serm. V de Verb. Dom.*; S. Chrysost. *in c. xviii, Luc.*) Véase tambien san Efrén, *Tratado de la oracion*, etc., etc.

Preciso seria citar casi todas las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento si quisiéramos referir los diferentes rasgos que prueban la eficacia todopoderosa de la oracion: Abraham obteniendo la conservacion de Sodoma si hubiese habido en ella solamente diez justos; Moisés arrancando de las manos de Dios la sentencia de muerte fulminada ya contra el pueblo de Israel; los ninivitas salvándose de la destruccion; el leproso, el centurion, el ciego de nacimiento, la cananea; la iglesia de Jerusalem rompiendo las puertas de la cárcel en que estaba encerrado san Pedro, y así sucesivamente en los siglos posteriores. La oracion nada ha perdido de su fuerza, y entre mil ejemplos solo citaremos dos: el de Mr. Ratisbonne, convertido en Roma en 21 de enero de 1842, y referido detalladamente en nuestra obra de *las tres Romas*; el segundo, que apenas data de algunos años.

En una ciudad del Mediodía vivía una jóven piadosa y pura como un Ángel, pero que tenía la desgracia de descender de unos padres sin religion. ¡Ah! estar separada de papá y de mamá durante toda la eternidad! decíase con frecuencia la tierna niña; y este triste pensamiento le despedazaba el corazon. Todos los días se dirigía á la iglesia, y prosternada allí en una capilla de la santísima Virgen, decía, mirando con los ojos arrasados en lágrimas la imagen de María: Ó María, madre de Dios y mía, convertid á mis padres. Pasóse un año sin que tuviese el consuelo de ver cumplidos sus votos, hasta que llegó finalmente el día de su primera comunión, para la que se habia preparado con la piedad de un Ángel; adelantase hasta el pié del altar, y al volver á su sitio rompe en un copiosísimo llanto, pues ha visto algo que le ha atravesado el corazon. Terminada la misa siguió á sus padres que la esperaban en la puerta de la iglesia, y quienes la estrechan entre sus brazos y la cubren de besos; condúcenla en triunfo al hogar doméstico, donde por la noche se dió un gran banquete, acudiendo una numerosa reunion invitada para celebrar el día mas bello de su vida. La niña ocupa el puesto de honor; la comida empieza, todas las frentes brillan de alegría.

De repente profundos sollozos salen del pecho de la niña; abundantes lágrimas caen de sus ojos; levántase su padre y le pregunta con ansiedad cuál es la causa de su dolor; pero cuanto mas la interroga, mas amargo es su llanto, mas repetidos sus sollozos, contestando únicamente con el silencio á las solícitas preguntas de su

padre y de su madre. Finalmente, tomando su padre un tono solemne, le dijo: «Hija mia, ¿has tenido la desgracia de profanar el «augusto Sacramento que has recibido esta mañana?—¡Oh, padre mio! ¿qué me preguntais? Mediante la gracia de Dios, creo «no tener nada que echarme en cara; mi comunión ha sido buena; á ella me he preparado lo mejor que he podido.—¿Qué tienes, pues, hija mia? En nombre de la obediencia te mando que «hables.—Pues bien, ya que lo mandais, voy á deciroslo: mi «pena está en que María, la hija de nuestro portero, es mas feliz «que yo.—¿Cómo así? ¿Qué tiene que tú no tengas? habla, tu «madre y yo estamos prontos á otorgarte cuanto desees.—Sí, María es mucho mas feliz que yo; esta mañana, al verificar su primera comunión, ha tenido la dicha de tener á su lado á sus padres, mientras que yo me hallaba sola, como una pobre huérfana.» Apenas puede concluir; sus sollozos aumentan, y su emoción se comunica á los convidados. El padre y la madre participan de ella, y su padre, conteniendo apenas sus lágrimas, le dice: Consuélate, hija mia, no tardarás en ser tan dichosa como María. ¿Quién podrá resistir á los ruegos y á las lágrimas de un Ángel como tú? En efecto, un mes despues la niña renovaba su primera comunión, y se adelantaba hácia el altar acompañada de sus padres, feliz como una reina el día de su consagración.

9.º ¿Qué oraciones deben hacerse?—La oración, cuya necesidad, condiciones y efectos generales acabamos de exponer, se divide en oración *mental* y en oración *vocal*. La oración mental ó interior, llamada propiamente *oración*, es la que se hace desde el fondo del corazón sin el movimiento de los labios, y consiste en la afectuosa meditación de las verdades de la salvación, á fin de hacer de ellas la regla de nuestros pensamientos, de nuestros deseos y de nuestras acciones, de alabar á Dios y de imitar las virtudes de nuestro Señor y de los Santos.

Su excelencia.—La oración mental es mucho mas excelente que la oración vocal, á causa de que nos hace mas semejantes á los Angeles, de los cuales es ocupación continua; de que puede existir sin la oración vocal, y no ésta sin aquella, puesto que debe ir acompañada de la atención del corazón.

Su necesidad.—Es imposible salvarse sin pensar en nuestra salvación; así pues, bajo una ú otra forma la oración es de absoluta necesidad. La meditación propiamente dicha es también moralmente

necesaria á todos los hombres, por la razón de que, ordinariamente hablando, solo en ella se piensa en la salvación. Hé aquí por qué el Espíritu Santo y todos los Santos formados en su escuela proclaman á porfía la necesidad de la meditación. ¿Por qué el mundo está cubierto de iniquidades? pregunta el Señor por medio del profeta Jeremías. ¿Por qué las almas se pierden por miles? ¿Por qué reina la desolación en la tierra? Porque nadie reflexiona en su corazón¹. Todos los Santos han sido y son aun los apóstoles de la oración. «Todo el «progreso espiritual, dice Rufino, depende de la meditación².» El P. Suarez, personificación de toda la ciencia teológica, decía: «Daria «todos mis libros por un cuarto de hora de oración.» «El alma que «abandona la oración, añade santa Teresa, no tiene necesidad de «un demonio para condenarse; con sus propias manos se coloca en «el infierno.» También decía: «Prometeme hacer cada día un cuarto de hora de oración, y yo, en nombre de Jesucristo, os prometeré el cielo.» «Sin el ejercicio de la meditación, continúa Gerson, «nadie, sin un milagro, puede vivir como cristiano³.» Todos los Santos fundadores de Órdenes religiosas han prescrito la oración como un ejercicio esencial, y la experiencia prueba que los que hacen oración caen raramente en pecado mortal, y si por desgracia incurren alguna vez en él, se levantan de nuevo prontamente y vuelven á Dios, gracias á la oración. Se pueden hacer oraciones vocales y permanecer en pecado mortal; se puede asistir á la misa, dar limosna, ¡ay! hasta se puede comulgar y permanecer en pecado mortal; mas la oración y el pecado mortal son incompatibles. Tal era la opinión de san Alfonso, el cual decía: *Muchos recitan frecuentemente el Rosario, el Oficio de la santísima Virgen, y perseveran en el pecado; mas es imposible que el que hace oración persevere en la enemistad para con Dios; ó abandonará la oración, ó abandonará el pecado.*

Su facilidad.—Para meditar, basta amar á Dios, pues fácilmente se piensa en lo que se ama. El avaro piensa fácil y voluntariamente en su tesoro, el comerciante en sus negocios, el artesano en su oficio, el ambicioso en sus dignidades; ¿por qué? porque los aman. Amemos á Dios, amemos nuestra alma, y pensaremos de buen grado en

¹ Jerem. xii, 11.

² Omnis profectus spiritualis ex meditatione procedit. (In Psalm. xxxvi).

³ Absque meditationis exercitio, nullus, secluso miraculo Dei, ad Christianæ Religionis normam attingit. (De Med. consid. 7).

Dios y en nuestra alma; decir, pues, que no puede hacerse oracion, es acusarse á sí mismo de indiferencia para con Dios; mas se añade: No puedo fijar mi espíritu; tengo un carácter seco y árido que me desespera, y por esto no hago oracion. San Francisco de Sales contesta que aun cuando durante la oracion se ocupe uno continuamente en rechazar y expulsar las distracciones y las tentaciones, la oracion no será por esto menos bien hecha, con tal que las distracciones no sean voluntarias; el Señor se contentará con vuestras buenas disposiciones. Una onza de oracion hecha en medio de distracciones y de disgustos vale mas que cien libras en medio de los consuelos. ¡Cuántos cortesanos van cien veces al año á la cámara del príncipe sin esperanza de hablarle, y solo para ser vistos por aquel y tributarle sus respetos! pues bien, si Dios no juzga conveniente introducirnos en sus conversaciones, permanezcamos en la antecámara y hagámosle nuestras reverencias. Las inmóviles estatuas colocadas en las galerías de los príncipes no dejan de hacerles honor, y si el Señor quiere que seamos como estatuas en su presencia, contentémonos con honrarle como estatuas¹.

Dices tambien: No tengo tiempo; y sin embargo teneis tiempo para todo; lo teneis para dormir, para hablar inútilmente, para pasearos, para trabajar; lo teneis hasta para pecar, ¡y no lo teneis para meditar! Si un pobre veia que arrojábais al mar muchas monedas de oro, ¿le faltaria razon para pedir os la mitad de una? Y ¿pide demasiado nuestro Señor Jesucristo al exigiros la mitad, la cuarta parte de una de aquellas horas que en tanto número perdeis diariamente? Pero decidme por favor, ¿por qué os ha sido dado el tiempo? ¿Creeis acaso que Jesucristo ha muerto para obtenérselo, á fin de que pudiéseis entregaros á los placeres y bagatelas de la vida? Indudablemente no estais mas ocupados que aquellos grandes obispos que gobernaban vastas iglesias, que aquellos reyes encargados de la administracion de poderosos reinos, y sin embargo todos ellos hallaban tiempo para meditar. Si absolutamente no podeis meditar en el silencio del reposo, meditaad trabajando. ¡Cuántos pobres aldeanos hacen de este modo su diaria meditacion! Una flor, una planta, la menor criatura basta para elevarles á Dios: ¿sabeis por qué? porque aman; amad tambien, y encontraréis siempre el tiempo de hacer oracion.

¹ Introduccion á la Vida devota.

Su práctica. — El sitio mas favorable para orar es la iglesia; mas se puede orar por todas partes, en las casas y en los campos; si bien es conveniente retirarse á un lugar solitario, léjos del ruido exterior. Por la mañana es el tiempo mas favorable, pero es bueno orar otras veces al día si se ha empezado á dar al alma un alimento de fuerza y de virtud. La oracion contiene tres partes:

La primera es la *preparacion*. — En la preparacion débense practicar tres actos: 1.º ponerse en presencia de Dios diciendo: *Dios mio, creo que estais aquí presente; voy á hablar con Vos; os adoro desde el fondo de mi nada*; 2.º humillarse diciendo: *Señor, en este momento deberia hallarme en el infierno á causa de los pecados que he cometido; arrepiéntome de haberos ofendido, y perdonadme segun vuestra gran misericordia*; 3.º pedir las luces del Espíritu Santo, diciendo: *Padre eterno, por el amor de Jesús y de María, dadme vuestras luces durante esta meditacion, á fin de que me aproveche de ella*. Rézase en seguida un *Ave María* á la santísima Virgen, á fin de que nos obteenga estas luces, y un *Gloria Patri* en honor de san José, del Ángel de la guarda y del Santo del nombre de cada uno; estos actos se hacen con atencion, pero en pocas palabras, y se pasa en seguida á la meditacion.

La segunda parte de la oracion es la *meditacion*, cuyo objeto es una verdad de salvacion. Débese considerar lo que Jesucristo Señor nuestro y los Santos nos han enseñado sobre ella, los ejemplos que nos han dado, y comparar nuestros pensamientos con los suyos, y nuestra conducta con la suya, y en seguida deducir resoluciones prácticas para la reforma de nuestras costumbres. Para ello se pueden usar útilmente algunos libros: san Francisco de Sales dice que es preciso imitar á las abejas, las cuales se paran sobre una flor mientras encuentran en ella miel, pasando luego á otra. El que no sepa leer, medite sobre los últimos fines, sobre los beneficios de Dios, y principalmente sobre la Pasion de nuestro Señor. El fruto de la oracion consiste en la resolucion que en ella se forma, pues no debe terminarse nunca sin haberse dicho á sí mismo: Á consecuencia de lo que acabo de meditar hoy, haré tal cosa ó evitaré tal otra; siendo preciso recordar esta resolucion durante el curso del día.

La tercera parte de la oracion es la *conclusion*, la que se compone de tres actos: 1.º se dan gracias á Dios por las gracias y luces que ha inspirado durante la oracion; 2.º se hace la promesa de observar

fielmente la resolucion que se ha tomado; 3.º se pide á Dios, por intercesion de Jesús y de María, la gracia de permanecer fiel á la misma; y se concluye recomendándole las almas del purgatorio y las necesidades de la Iglesia; para esto se reza un *Padre nuestro* y un *Ave María*, que son las dos oraciones mas excelentes que Dios y la Iglesia nos han enseñado.

La oracion vocal es aquella que se hace con la boca y pronunciando palabras. Como la meditacion, exige una actitud modesta y religiosa, la atencion del espíritu y la devocion del corazon; sin estas dos últimas condiciones no se ora verdaderamente, y se merece el cargo fulminado por el Señor contra los judios carnales: *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazon está léjos de mi* ¹. La atencion que debe presidir en la oracion vocal difiere en algo de la que es necesaria en la oracion mental; esta atencion es de tres especies: la atencion *á las palabras*, que consiste en pronunciarlas bien, es decir, con páusa, entereza y distincion; la atencion *al sentido*, que consiste en penetrarse bien del sentido de las palabras, á fin de unir á la pronunciacion los afectos del corazon; la atencion *á Dios*, que es la mejor, y que consiste en ocuparse interiormente de Dios durante la oracion adorándole y dándole gracias, amándole y pidiéndole sus gracias. La primera atencion basta para cumplir el precepto de la oracion; pero sola, la oracion será muy fria, y no producirá grandes frutos ².

Como la oracion mental, la oracion vocal es necesaria. 1.º Nuestro Señor nos la mandó, al imponernos la obligacion de rezar la Oracion dominical, y la Iglesia nos da el ejemplo, pues en todos sus oficios emplea la oracion vocal; 2.º estando compuestos de cuerpo y alma, es preciso que nuestros sentidos concurren á su manera á alabar y glorificar á Dios; 3.º nuestra alma depende de tal modo de los órganos, sobre todo despues del pecado, que comunmente tene-

¹ Matth. xv, 8.

² Triplex est attentio quæ orationi vocali potest adhiberi: una quidem attenditur ad verba, ne aliquis in eis erret; secunda, qua attenditur ad sensum verborum; tertia qua attenditur ad finem orationis, scilicet ad Deum et ad rem pro qua oratur; quæ quidem est maxime necessaria, et hanc etiam possunt habere idiotæ. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 13). — Prima est attentio ad verba quibus petimus, deinde ad petitionem ipsam; et quæcumque earum attentionem adsit, non est repetenda inattenta oratio. (Id. 4. *Dist.* 13, 9, 1, *Salut.* 5).

mos necesidad de pronunciar ó de oír pronunciar palabras para ayudarnos á formar buenos pensamientos y á elevarnos hácia Dios; 4.º la oracion vocal es necesaria para edificar al prójimo, y para mantener el culto exterior de la Religion ¹.

La oracion vocal se divide en *pública* y en *particular* ó privada. La oracion pública es la que se hace por los ministros de la Iglesia en nombre de todo el pueblo fiel; esta oracion debe ser vocal, á fin de que sea conocida de todos aquellos por quienes es hecha, y hé aquí por qué la Iglesia ha establecido que sus ministros la pronunciasen en alta voz ². El santo sacrificio de la misa, el oficio divino son las oraciones públicas mas excelentes; de ellas hablaremos en la parte IV del Catecismo. La oracion particular es la que hace cada fiel en particular, ó con otros en su nombre personal, por ellos mismos ó por sus hermanos ³. Entre las oraciones particulares mas útiles es preciso colocar las oraciones *jaculatorias*, cuyo nombre se da á oraciones cortas y fervientes que salen del corazon del hombre como dardos inflamados que van á atravesar el seno de Dios; como son muy cortas, puédense repetir á cada instante, solos y en compañía, en el reposo y en medio de las ocupaciones y negocios: además están menos sujetas á las distracciones y á la tibieza; finalmente, mantienen un comercio habitual del alma con Dios, forman poco á poco en nosotros el espíritu interior, y transportan nuestra conversacion al cielo.

Hé aquí por qué todos los Santos han hecho de ellas un gran caso y un uso frequentísimo; la mayor parte compusieron alguna, que fué, por decirlo así, como su divisa y su grito de guerra, destinada á inflamar su valor en las luchas de la virtud, y á sostenerles en sus grandes empresas para la gloria de Dios. *Mi Dios y mi todo*, repetia continuamente san Francisco de Asis. *He venido para incendiar la tierra, y no deseo otra cosa sino ver el fuego encendido*, decia santo Domingo. *¡Oh gloriosa Señora! mas elevada que los astros*, repetia cada vez que respiraba san Antonio de Padua, el gran taumaturgo

¹ D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 12.

² Duplex est oratio, communis et singularis: communis quidem oratio est quæ per ministros Ecclesiæ in persona totius fidelis populi Deo offertur, etc. (Id. 2, 2, q. 83, art. 12).

³ Oratio vero singularis est quæ offertur à singulari persona cujuscumque sive pro se, sive pro aliis orantis. (Id. id.).

de Italia. *Todo para la mayor gloria de Dios*, decia san Ignacio. *¿Qué es todo esto para la eternidad y en comparacion de la eternidad?* decia san Luis Gonzaga. *Ó sufrir ó morir*, exclamaba la angelical Teresa. *Ó santísima Trinidad*, repetia á todas horas el apóstol de las Indias, san Francisco Javier. Hé aquí, pues, algunas oraciones jaculatorias que podríamos adoptar para nosotros, y si las repetimos con frecuencia y reflexion, no tardaremos en sentir y recoger sus felices frutos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme enseñado el medio de obtenerlo todo de Vos; hacedme la gracia de que recurra á él frecuente y dignamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero hacer todos los días un cuarto de hora al menos de meditacion.*

LECCION XXX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Oracion dominical.—Rasgo histórico.

Á pesar de que la Oracion dominical sea oracion pública cuando es ofrecida á Dios por un ministro sagrado en nombre de todo el pueblo fiel, la ponemos al frente de las oraciones particulares, en cuanto nuestro Señor parece haberla compuesto principalmente para el uso particular de cada cristiano, en los casos sin cesar renovados en que necesitamos recurrir á Dios. «Cuando tengais necesidad de orar, dice, entrad en vuestro aposento, cerrad la puerta, y dirigiéndoos á Dios decid: *Padre nuestro* ¹, etc.»

Ya se la mire en su autor, en su forma ó en su fondo, la Oracion dominical es evidentemente la mas excelente de todas las oraciones. 1.º En su autor; pues no es un Santo ni un Profeta, ni un Ángel ni un Arcángel quien la compuso, sino el mismo Jesucristo Señor nuestro, el Hijo y la eterna Sabiduría de Dios. 2.º En su forma; la Oracion dominical es clara, todo el mundo puede comprenderla, así el niño como el anciano, el campesino como el que habita en las ciudades; es corta para que pueda aprenderse fácilmente, retenerse con fidelidad y ser recitada con frecuencia; esta cualidad la hace esencialmente popular, y por consiguiente digna del Dios que vino á salvar á todos los hombres, y de la Religion que debe ser predicada á los libres y á los esclavos, á los pueblos civilizados como á los pueblos bárbaros y salvajes. Es persuasiva, pues nada hay tan humilde, tan sencillo, tan filial, es decir, mas eficaz que el modo con que manifiesta á Dios nuestras necesidades. 3.º En sí misma la Oracion dominical es completa; encierra cuanto podemos y debemos pedir, como hijos de Dios, para el tiempo y para la eternidad, para el cuerpo y para el alma,

¹ Matth. vi, 6, 9.